

## Historias personales y compromiso político en organizaciones de trabajadores desocupados<sup>1</sup>

Marcos Emilio Pérez - *mperez@wlu.edu*

Departamento de Sociología y Antropología, Washington and Lee University

### Resumen:

En las últimas décadas han ocurrido importantes avances en nuestra comprensión de cómo las personas se involucran en la acción colectiva. Sin embargo, la diversidad de experiencias activistas al interior de un mismo movimiento social ha recibido menos atención. En este artículo, sostengo que para analizar por qué los individuos siguen diferentes trayectorias después de unirse a una organización política debemos centrarnos en la interacción entre sus historias personales y sus experiencias militantes. Abordo estos temas a través del estudio de militantes en el movimiento de trabajadores desocupados en Argentina (mejor conocido como el movimiento piquetero), una de las instancias contemporáneas de acción colectiva más influyentes de América Latina. Basándome en 133 entrevistas con miembros actuales y pasados, así como observación participante del trabajo cotidiano de nueve organizaciones, sostengo que, a través de la interacción entre sus prácticas en el movimiento y otros aspectos de sus vidas, algunos participantes gradualmente ven la participación como un fin en sí mismo. La militancia les proporciona refugio respecto de las consecuencias personales del declive socioeconómico que afecta a sus comunidades, ofreciendo una combinación de tres recompensas particulares: pertenencia, empoderamiento y reconocimiento.

**Palabras clave:** Desempleo; Movimientos sociales; Piqueteros; Argentina; América Latina.

**Abstract:** In recent decades there have been important advances<sup>1</sup> in our understanding of how people engage in collective action. However, the diversity of activist experiences within the same social movement has received less attention. In this article, I argue that to analyze why individuals follow different trajectories after joining a political

---

<sup>1</sup> Versión traducida por el autor del artículo "Life Histories and Political Commitment in a Poor People's Movement", publicado en la revista *Qualitative Sociology*, 41(1): 89-109, 2018.

organization we must focus on the interaction between their personal histories and their militant experiences. I address these issues through the study of activists in the movement of unemployed workers in Argentina (better known as the piquetero movement), one of the most influential contemporary instances of collective action in Latin America. Based on 133 interviews with current and past members, as well as participant observation of the daily work of nine organizations, I argue that through the interaction between their practices in the movement and other aspects of their lives some participants gradually see participation as an end in itself. Militancy provides refuge from the personal consequences of the socioeconomic decline affecting their communities, offering a combination of three particular rewards: belonging, empowerment and recognition.

**Keywords:** Unemployment; Social movements; Piqueteros; Argentina; Latin America

**Agradecimientos:** Javier Auyero, Neil Gross, Michael Young, Maya Charrad, Henry Dietz, Bryan Roberts, Jim Jasper, Nancy Whittier, así como los miembros del Laboratorio de Etnografía Urbana en la Universidad de Texas y tres revisores anónimos, proveyeron comentarios de gran utilidad. Una versión previa en inglés de este artículo fue publicada en la revista *Qualitative Sociology*, 41(1): 89-109, 2018, agradezco profundamente la autorización para publicar una versión en español. Paola Nalvarte colaboro con la traducción. El Instituto Gino Germani en la Universidad de Buenos Aires proveyó importante apoyo logístico para mi trabajo de campo. Presenté borradores de este artículo en la 108va Conferencia Anual de la Asociación Norteamericana de Sociología, la Conferencia Anual 2013 de la Sociedad para el Estudio de Problemas Sociales, el Departamento de Ciencias Políticas y Estudios Internacionales de la Universidad Torcuato Di Tella, y la Miniconferencia 2017 sobre movimientos sociales en la Universidad de Notre Dame. Agradezco a todos los participantes por sus comentarios y preguntas.

**Financiamiento:** La investigación de campo que condujo a este artículo fue respaldada por una Beca de Disertación Doctoral de la National Science Foundation (ID: 1406244), así como por fondos del Departamento de Sociología y el Instituto Lozano Long de Estudios Latinoamericanos en la Universidad de Texas en Austin.

## **1. Introducción**

A pesar de considerables avances en la literatura sobre movimientos sociales, continúan existiendo importantes limitaciones en nuestra comprensión de numerosos aspectos de la participación individual en la acción colectiva. Pese a que nuestro conocimiento acerca de cómo las personas se involucran en política se ha desarrollado notablemente, nuestras herramientas teóricas sufren importantes limitaciones a la hora de capturar la diversidad de trayectorias que los activistas siguen luego del inicio de su participación.

Las siguientes páginas abordan este tema a través de las experiencias de los participantes en el Movimiento de Trabajadores Desocupados de Argentina (también conocido como *Piqueteros*). Desde los años noventa, organizaciones en este movimiento han jugado un rol clave en muchos de los barrios más pobres del país, cortando calles y rutas para exigir la distribución de asistencia social a sectores necesitados. Me enfoco aquí en un enigma empírico con importantes implicancias teóricas. La mayoría de los participantes de este movimiento se une de manera similar, en busca de recursos básicos que no pueden obtener debido a la falta de empleo o las limitaciones de las políticas de asistencia social. No obstante, luego del reclutamiento, las trayectorias de participantes divergen sustancialmente, desde los que se van en cuanto encuentran otras formas de acceder recursos materiales, hasta los que redoblan esfuerzos para permanecer involucrados.

Haciendo uso de entrevistas con 133 militantes presentes y pasados, así como observación participante en eventos de sus organizaciones, busco explicar el siguiente enigma: ¿Por qué las trayectorias de distintos miembros divergen luego del reclutamiento? Propongo que la respuesta se encuentra en la interacción entre la historia personal de los activistas y sus experiencias en el movimiento. En particular, las rutinas diarias en una organización piquetera permiten a algunas personas refugiarse del contexto de marcado declive socioeconómico que han sufrido las clases trabajadoras en Argentina a lo largo de las últimas cuatro décadas. A través de su participación, activistas solucionan tres críticos déficits personales: la escasez de grupos a los cuales pertenecer, la falta de agencia individual, y la carencia de reconocimiento público. La

posibilidad de llenar estos tres vacíos lleva a algunas personas a ver su participación como un fin en sí mismo, promoviendo esfuerzos para mantenerse involucradas.

Explicar este enigma empírico no solo ayuda a comprender una de las experiencias recientes de protesta más influyentes de América Latina, sino que también permite complementar la literatura existente sobre participación política. Al explorar las formas en que las prácticas asociadas al activismo encajan con otros aspectos de la biografía de una persona, se hace posible analizar como las percepciones respecto de la participación en un movimiento varían, y así estudiar de manera no esquemática la multiplicidad de trayectorias militantes que siguen distintos individuos. Asimismo, dado que los mecanismos que afectan las experiencias de miembros de un movimiento social también están presentes en otras instancias de la vida colectiva, dicho análisis puede nutrirse de una literatura más amplia sobre las fuentes de la acción social.

## **2. La compleja diversidad de la participación en movimientos sociales**

Los procesos a través de los cuales una persona desarrolla un vínculo con una actividad social específica son complejos. Si bien a nivel agregado se pueden hallar rasgos predominantes entre los participantes, la relación entre estos factores y el comportamiento de cada individuo es por lo general débil (Katz 1988; Munson 2008). Por consiguiente, usando los términos de Jack Katz (1988), entender el atractivo de una acción social requiere que nos enfoquemos no solo en su “trasfondo” (los atributos personales que hacen a una persona más propensa a realizar determinada acción) sino también en su “primer plano” (las cualidades propias de la acción que la hacen grata).

No obstante, el hecho de que la participación en una actividad particular no surja directamente de las características personales de los participantes no significa que dichos factores sean irrelevantes. Al contrario: el proceso mediante el cual una acción genera sus propios incentivos varía de acuerdo a las características de cada individuo (Desmond 2007; Shapira 2013). Por tanto, para entender cómo una persona llega a considerar una actividad como intrínsecamente valiosa, es necesario examinar las disposiciones perdurables generadas por la interacción entre distintos aspectos de su biografía, por un lado, y las prácticas vinculadas al entorno social donde la actividad ocurre, por el otro (Bourdieu 1977).

La resonancia positiva entre la historia de una persona y una actividad social determinada no es automática ni permanente. Más bien, depende de una afirmación y ratificación constante a través de la interacción con otros participantes (Benzecry 2011). En otras palabras, el desarrollo de un sentido de goce respecto de una práctica social implica un proceso de aprendizaje, mediante el cual un individuo gradualmente confiere nuevos significados a sus rutinas, llegando eventualmente a apreciar lo que originalmente le era desagradable o insustancial (Becker 2014; Wacquant 2004). Como sostiene Howard Becker en su estudio sobre consumidores de marihuana, para disfrutar una actividad los principiantes necesitan primero aprender de otras personas conocimientos y técnicas específicas acerca de cómo realizar y apreciar la práctica:

El individuo será capaz de consumir marihuana por placer sólo cuando atraviese un proceso en el que aprenda a concebir la droga como un elemento que puede ser usado para esos fines. Nadie se hace consumidor si en primer lugar no aprende a fumar la droga de manera que produzca efectos reales, si en segundo lugar no aprende a reconocer esos efectos y a conectarlos con el consumo de la droga (en otras palabras, si no aprende a volarse) y, en tercer lugar, si no aprende a disfrutar de esas sensaciones. En el curso de este proceso, desarrolla una disposición y una motivación para consumir marihuana que no estaban ni podían estar presentes cuando empezó a hacerlo, pues dependen de una idea de la droga que solo puede surgir de la experiencia directa detallada anteriormente (Becker 2014: 76)

Esta perspectiva nos ayuda a abordar las limitaciones de la literatura sobre participación política. A lo largo de los años, se ha acumulado un profundo conocimiento acerca de los factores que incrementan las probabilidades de que una persona participe en la acción colectiva. Numerosos estudios han demostrado cómo el activismo se ve facilitado por la ausencia de obligaciones personales (Goodwin 1997; McAdam 1988; White 2010), la inmersión en círculos militantes (Corrigall-Brown 2011; Diani 2004; Passy y Giugni 2000), dinámicas emocionales (Gould 2009; Jasper 2011), y la expectativa de obtener recompensas individuales y colectivas (Klandermans 1997; McAdam 1982; Olson 1965). Sin embargo, la relación entre estos factores y comportamientos a nivel individual no es simple, especialmente cuando las personas ya están movilizadas. Las responsabilidades laborales y familiares no siempre impiden una participación sostenida (Nepstad 2004), las redes pueden remover a las personas de movimientos específicos (Fisher y McInerney 2012; Klatch 2004), las dinámicas emocionales pueden contribuir al

retiro (Gould 2009; Hirschman 1982), y frecuentemente las personas sostienen su compromiso a pesar de la falta de resultados tangibles y de la existencia de costos extremos (Nepstad 2004; Wood 2003).

En otras palabras, los atributos que la literatura identifica como conducentes a la participación política sostenida tienen una capacidad explicativa reducida con respecto a las trayectorias de activistas individuales. En parte, esta limitación está vinculada al hecho de que la teoría sobre movimientos sociales tradicionalmente se ha enfocado más en la emergencia de la acción colectiva que en su sostenimiento y declive (Owens 2009). Como resultado, nuestra comprensión de los elementos que influyen en el activismo es mucho más sofisticada en lo que respecta al reclutamiento que en lo concerniente a etapas posteriores de la participación (Corrigall-Brown 2011; Fillieule 2010; Nepstad 2004; White 2010).

La imperfecta asociación entre atributos personales y trayectorias posteriores al reclutamiento también reflejan la complejidad inherente de la participación política. El desarrollo, sostenimiento y erosión del activismo son procesos cuyos resultados no están predeterminados por los antecedentes de los participantes (Klandermans 1997; Munson 2008), ya que cuando una persona se suma a un movimiento, la relación entre biografía y militancia se torna bidireccional. Es decir, la vida de las personas, sus redes, creencias y motivaciones no solo afectan la participación, sino que también se ven afectadas por esta. La acción colectiva expone a los individuos a nuevas formas de ver el mundo, los conecta con redes diversas y los ayuda a adquirir nuevas habilidades, todo lo cual puede influir en los activistas a lo largo de sus vidas (Corrigall-Brown 2011; Fillieul, 2010; Giugni 2007) y transformar su sentido de identidad (Jasper 2011; Taylor y Whittier 1992). Por tanto, para poder analizar la trayectoria de una persona luego de su reclutamiento, es importante no solo discernir qué aspectos de su vida importan, sino también cómo estos aspectos interactúan con la experiencia de movilización (Crossley 2003; McAdam 1988).

En suma, como con cualquier otra actividad social, el compromiso con la militancia es el resultado de un proceso por el cual la interacción entre la historia personal de un individuo y sus experiencias en un movimiento social produce un sentido de gratificación que, a su vez, conduce a disposiciones que sostienen la participación. Por consiguiente, para explicar por qué algunas personas se vuelven participantes de

largo plazo mientras que otras no, tenemos que ahondar en su pasado y presente para así descubrir las maneras en que los diferentes aspectos de la acción colectiva les resultan atractivos. Las páginas siguientes aplican esta perspectiva a las experiencias de los activistas del movimiento piquetero.

### **3. Organizaciones piqueteras y declive socioeconómico en Argentina**

A pesar de sufrir a niveles crónicos de inestabilidad política, durante buena parte del siglo veinte los trabajadores argentinos gozaron de niveles relativamente bajos de desempleo, altas tasas de sindicalización, y acceso a generosos servicios sociales. No obstante, a partir de los años setenta, el país empezó a atravesar un proceso de desindustrialización relacionado con políticas económicas pro-mercado implementadas por primera vez durante la dictadura militar de 1976-1983, y de forma más intensa en los años noventa durante el gobierno de Carlos Menem. El desempleo creció de 2,6% en 1980 a más de 20% en 2002. La ocupación industrial cayó a la mitad, de 24,3% del mercado laboral en 1990 a 12,8% en 2002. El trabajo informal se duplicó, de 22% en 1980 a casi 50% veinte años más tarde. Estos efectos se agudizaron entre los años 2001-2002, cuando una combinación de crisis externas y vulnerabilidades macroeconómicas condujo al país a la recesión más pronunciada de su historia. A pesar de la recuperación iniciada en 2003, décadas de neoliberalismo han dejado una profunda huella en la economía, la cual se ha tornado más orientada a los servicios, con un mercado laboral segmentado y mayores niveles de desigualdad. En consecuencia, los indicadores antes mencionados continúan siendo desfavorables. Los empleos disponibles para trabajadores no calificados se concentran en sectores con niveles altos de precariedad, como construcción, limpieza y comercio ambulante. La desocupación ha caído a alrededor del 10%, pero la informalidad sigue afectando al 37% de la fuerza laboral y solo 13% de los empleos son en el sector manufacturero (CEPALSTAT 2015; MTESS 2010).

Las consecuencias negativas de estas transformaciones se concentraron en ciertos segmentos de la sociedad (Svampa 2005). A medida que innumerables fábricas cerraron, arrastrando a miles de pequeños comercios, las ocupaciones que ofrecían movilidad ascendente se volvieron menos comunes. Además, la calidad de los servicios de salud y educación pública disminuyó a medida que las políticas sociales pasaron de

tener una lógica universalista a una centrada en intervenciones “focalizadas”, tales como programas de transferencias condicionadas de ingreso (Lo Vuolo et al. 2004). El resultado fue un severo deterioro de las condiciones materiales que daban a los argentinos de bajos ingresos un estándar de vida decente, así como una fuente de estabilidad y estatus social:

Yo trabajaba en un laboratorio medicinal muy importante de capitales argentinos. Y pase a ser, como decimos nosotros, un croto. Un hambriento, un tipo que no tenía trabajo, un tipo que no había logrado tener, yo que sé, un estándar de vida muy bueno, porque tenía una casita muy precaria. Pase de ser un trabajador, que tenía un buen salario [...] a estar después poco menos que remendado, sin ver salidas, cuando me quede sin trabajo. Me echaron, como a miles” (Diego)

Con mucho dolor cerré el almacén, y empecé a buscar trabajo, aunque sea por horas, no me interesaba, porque no tenía miedo de trabajar, pero tenía cierta edad que ya no conseguía, donde me iba a buscar trabajo [...] yo me sentía como fracasada, un fracaso de no conseguir, de cerrar el almacén, que tanto me costó, porque me había costado un montón para ir levantando de a poquito” (Lourdes)

Asimismo, los profundos cambios en las políticas sociales y el declive del mercado laboral también afectaron a instituciones centrales de la vida cotidiana en barrios populares de todo el país. No solo cerraron fábricas y negocios; también hubo un impacto en espacios comunales tales como asociaciones vecinales, escuelas, clubes y parques. Estas transformaciones contribuyeron a un incremento de la violencia interpersonal y al declive de la vida pública (Auyero y Berti 2015; ODSA 2011). Cuando se les pregunta acerca de los cambios que notan en sus vecindarios, la mayoría de las personas entrevistadas resalta el explosivo aumento en la criminalidad y adicciones:

Hay mucha droga, mucha... en cada esquina vas a ver que están falopeándose o... mucha delincuencia hay, muchos robos [...] hoy toman en la calle, se ponen a drogar en la calle, mean en la calle, te putean, te... ‘eh, loco, dejá para el escabio’, todas esas cosas que antes no se hacía eso, o por lo menos en el barrio yo no lo veía a eso (Mateo)  
[Cuando era joven] se consumía el famoso la marihuana, el cannabis y la cocaína. Eso siempre existió, nada más que antes era en fiestas y entre cuatro paredes, ahora lo hacen en la calle lamentablemente. (Bianca)

Las organizaciones piqueteras surgieron en este contexto. Las primeras expresiones del movimiento se dieron entre 1996 y 1997, durante una serie de levantamientos en las provincias de Salta y Neuquén, donde manifestantes usaron



piquetes para protestar por el aumento del desempleo causado por la privatización de la empresa nacional de petróleo (Auyero 2003; Svampa y Pereyra 2003). El éxito de estos eventos en obtener concesiones por parte de las autoridades motivó a militantes en otras partes del país a emular estos métodos de protesta. Como consecuencia, emergieron grupos de trabajadores desocupados a lo largo del país, desarrollando una estructura interna flexible y un repertorio de contención efectivo que les permitió ganar seguidores rápidamente. La mayoría de las organizaciones funcionan como redes de grupos locales que usan piquetes para exigir la distribución de asistencia social, generalmente en forma de alimentos (“mercadería”) y puestos en programas de transferencias condicionadas de ingreso (“planes”). Los recursos obtenidos son repartidos entre participantes y utilizados para mantener una extensa red de servicios alimentarios, sanitarios y educativos. La posibilidad de obtener asistencia que es negada por otras instituciones atrae gente a estos grupos, lo que a la vez permite a las distintas variantes del movimiento continuar movilizándose. Como resultado, a pesar de fluctuaciones que reflejan las condiciones económicas en el país, por dos décadas el movimiento se ha mantenido como un actor visible en la política popular en Argentina<sup>2</sup>.

Las organizaciones dentro del movimiento han sido ampliamente estudiadas (Delamata 2004; Pereyra, Perez y Schuster 2008; Svampa y Pereyra 2003). Sin embargo, las experiencias de activistas de base han recibido menos atención. Si bien se han producido detallados estudios etnográficos sobre el tema, los mismos tienden a enfocarse en un solo evento, grupo o municipalidad (Auyero 2003; Manzano 2013; Quiros 2011). Mi investigación complementa esta literatura al enfocarse en las experiencias de activistas de diferentes organizaciones y distritos.

#### **4. Metodología**

La evidencia para este estudio surge de un trabajo de campo etnográfico realizado en seis distritos del Área Metropolitana de Buenos Aires (Ciudad de Buenos Aires, Lomas de Zamora, La Matanza, Florencio Varela, Lanús y Esteban Echeverría)

---

<sup>2</sup> Dos mecanismos particulares contribuyeron al sostenimiento de la influencia del movimiento: la incorporación de organizaciones a la coalición de apoyo del gobierno nacional entre 2003 y 2015, y reformas estructurales que expandieron el rol de instituciones comunitarias en la gestión de la asistencia social. Para más información sobre estos mecanismos, ver Pérez (2018).

entre 2011 y 2014<sup>3</sup>. Los resultados fueron 950 páginas de anotaciones, así como 133 entrevistas a activistas pasados y presentes de nueve organizaciones piqueteras diferentes.<sup>4</sup>

Las notas de campo y transcripciones fueron analizadas usando codificación abierta y focalizada (Emerson, Fretz y Shaw 1995). El primer paso fue una lectura exhaustiva, enumerando los principales patrones y tendencias en la data. Esta lista se usó para crear un conjunto de nodos más específico, que a su vez sirvió como guía para repetir el análisis sistemático línea por línea de la data. El resultado fue la identificación de aspectos comunes y específicos en las experiencias de los participantes de mi estudio.

A excepción de diez entrevistas con líderes nacionales del movimiento, el grueso de mi investigación consistió en entrevistas de historia de vida (Atkinson 2000) con miembros de base, ya sea actuales o pasados, de diferentes organizaciones. El objetivo fue comprender la interrelación entre biografía y activismo a lo largo de la vida de cada persona, creando una descripción detallada de sus historias individuales en sus propios términos.<sup>5</sup>

El reclutamiento de personas para entrevistas ocurrió mediante invitaciones personales durante la observación participante. Asimismo, utilicé muestreo de bola de nieve para reclutar activistas que no asistían regularmente a los locales donde hice trabajo de campo, con el propósito de incrementar la diversidad de experiencias representadas en mi estudio. Puse particular énfasis en solicitar referencias a diferentes miembros de cada organización, a fin de reducir el sesgo potencial causado por entrevistados conectándome con personas con puntos de vista similares a los suyos. El

---

<sup>3</sup> Específicamente, los periodos de trabajo de campo incluidos en este artículo fueron julio-agosto de 2011, mayo-julio de 2012, mayo-julio de 2013, y diciembre de 2013-septiembre de 2014.

<sup>4</sup> 55 encuestados se identificaron como hombres, 76 como mujeres y 2 como transgénero. 24 tienen entre 20 y 29 años, 12 tienen entre 30 y 39, 28 entre 40 y 49, 41 entre 50 y 59, y 28 tienen más de 60. 37 entrevistados se unieron a su organización en la década de 1990, 69 en la década de 2000 y 24 después de 2010. Tres encuestados no fueron claros respecto al momento de su reclutamiento.

<sup>5</sup> Al igual que con cualquier metodología de recopilación de datos, las entrevistas de historia de vida plantean desafíos específicos. La memoria de experiencias personales es inevitablemente imperfecta, especialmente para eventos que se remontan más atrás en el tiempo. El manejo de impresiones impone otra dificultad, ya que es menos probable que los encuestados describan con precisión aspectos de sus vidas considerados como importantes para su imagen pública (Goffman 1959). Abordé estos dilemas por medio de estructurar cada entrevista como una reconstrucción cronológica de la historia del encuestado. Organizar las preguntas de esa forma minimiza la posibilidad de olvidar hechos relevantes, proporcionando al entrevistador y al sujeto un mapa mental para identificar puntos que necesitan elaboración (Weiss 1994). Además, evité preguntas sobre las motivaciones, ya que estas tienden a verse afectadas por el sesgo de deseabilidad social. En cambio, seguí el consejo de Jack Katz (2001; 2002) de preguntar "¿Cómo?" En lugar de "¿Por qué?", ya que es más probable que el primer tipo de pregunta obtenga respuestas que reflejen las experiencias reales del entrevistado (véase también Weiss 1994). Para ejemplos de una metodología similar, ver Wood (2003), Munson (2008), Viterna (2013).

muestreo bola de nieve también me permitió entrevistar a quince ex-miembros de distintas organizaciones.<sup>6</sup>

Además de proveer oportunidades para concertar entrevistas, la observación participante funcionó como fuente de evidencia en sí misma. No solo fue el contexto de valiosas conversaciones informales, sino que también me permitió ser testigo de las prácticas habituales en el movimiento. Si bien las entrevistas me dieron la oportunidad de aprender acerca de la historia personal de cada activista, la observación participante fue clave para conocer qué es lo que las personas en estas organizaciones hacen regularmente, y cómo esas rutinas se conectan con otros aspectos de sus vidas.<sup>7</sup>

## **6. Resultados**

### ***6.1 El desarrollo del activismo como un fin en sí mismo***

Mis entrevistas y notas de campo sugieren una similitud significativa respecto al modo en que la mayoría de entrevistados se unió al movimiento. La mayoría cuenta con niveles bajos de educación oficial y vínculos tenues con el mercado laboral formal. Además, pocos participan en instituciones comunitarias tales como iglesias, clubes o asociaciones vecinales, las cuales brindan a sus miembros recursos en tiempos de escasez. En consecuencia, la mayor parte de activistas piqueteros son altamente vulnerables frente a los vaivenes de la economía. La mayoría describe unirse al movimiento, según una expresión común, “por la necesidad”: se encontraban en una situación desesperada por falta de recursos, y un conocido les contó de una organización que estaba “anotando gente” para recibir ayuda social. Una vez anotados, empezaron a asistir a manifestaciones y demás actividades, recibiendo a cambio víveres, hasta eventualmente obtener un cupo en un programa de transferencias condicionadas. Puesto que las organizaciones sociales usualmente administran directamente estos programas, los entrevistados deben mantener su participación para continuar

---

<sup>6</sup> Identificar, contactar y reunirse con activistas pasados demandó más tiempo que lo esperado. Además, entrevistar a personas críticas de sus antiguas organizaciones afectó ocasionalmente mi relación con algunos activistas. Por lo tanto, decidí entrevistar solo una muestra de activistas pasados y concentrarme en ampliar la diversidad de experiencias entre participantes actuales.

<sup>7</sup> Un día típico en mi trabajo de campo consistía en viajar temprano por la mañana al local de alguna organización. Por lo general participaba en actividades regulares (mover alimentos, tareas de servicio público, cocinar) o eventos especiales (marchar, bloquear carreteras, acampar durante una protesta). Cuando surgía la oportunidad de hacer una entrevista, lo hacía. De lo contrario, me quedaba allí, mirando y hablando con la gente. Regresaba a casa a última hora de la tarde para escribir notas de campo.

recibiendo beneficios, permitiendo al grupo seguir demandando asistencia para aquellos que todavía no reciben ninguna ayuda del Estado.

Sin embargo, a pesar de las semejanzas en el modo en que se suman al movimiento, las trayectorias de activistas luego del reclutamiento varían profundamente. Cerca de la mitad de las personas que entrevisté exhiben una trayectoria consistente con un progresivo compromiso con su organización.<sup>8</sup> De los 123 miembros de base entrevistados (es decir, excluyendo las entrevistas a líderes nacionales), sesenta y dos (el 50.4%) cumplen tres condiciones. Primero, seguían participando al momento de nuestra última conversación. Segundo, en sus entrevistas describieron al menos una instancia específica en la cual sacrificaron algo valioso (tiempo, oportunidades laborales, dinero, relaciones) a fin de sostener su activismo<sup>9</sup>. Tercero, durante el trabajo de campo fui testigo de ocasiones en las cuales voluntariamente dedicaron tiempo extra a actividades en el grupo<sup>10</sup>.

En contraste, los participantes restantes parecen haber seguido trayectorias distintas. Quince se habían retirado de la organización al momento de mi última entrevista y, respecto a los otros cuarenta y seis, ni las entrevistas ni la observación participante proporcionaron evidencia significativa de esfuerzos realizados para permanecer en sus organizaciones. Algunos admitieron sus planes de retirarse apenas obtuvieran un empleo más lucrativo, otros mencionaron aplicaciones pendientes a pensiones y jubilaciones, y otros indicaron que la única razón por la que seguían participando era su incapacidad de encontrar otro trabajo.

¿Qué explica esta divergencia? ¿Por qué algunos participantes aumentan su nivel de compromiso mientras que otros en una situación similar no? Esta pregunta se torna más intrigante ya que diversos factores señalados por la literatura explican las experiencias de algunos activistas, pero no las de otros. Al ser preguntados sobre el

---

<sup>8</sup> Los encuestados usan varios términos para referirse a ese tipo de participantes: "compañeros de fierro", "los mismos de siempre" o "los que se quedan en las buenas y en las malas".

<sup>9</sup> Para cumplir esta condición, la transcripción de la entrevista debe incluir al menos una mención específica de algo valioso que el entrevistado ha sacrificado para seguir participando. Referencias genéricas, a menos que estén acompañadas por un ejemplo particular, no son consideradas. Los ejemplos más comunes fueron pasar menos tiempo en actividades agradables (26 menciones); contribuir dinero a los gastos de la organización o participar ad-honorem (22 menciones), tener conflictos con familiares que desapruaban su participación (12 menciones); usar su domicilio como el local de una organización (11 menciones); ser reprimido violentamente (10 menciones); participar a pesar de dolencias físicas (10 menciones); y rechazar ofertas de trabajo (9 menciones).

<sup>10</sup> Para cumplir esta condición, mis notas de campo deben incluir al menos una referencia al entrevistado participando de una actividad no obligatoria ni para la organización, ni para el programa social en el cual están inscriptos.

motivo de su salida, varios miembros pasados mencionaron obligaciones familiares o laborales, lo que plantea la posibilidad de que la disponibilidad biográfica sea un requisito para el activismo sostenido. Sin embargo, también hay miembros que logran superar los obstáculos causados por sus responsabilidades personales. Algunos trabajan largas horas para cumplir con las exigencias de las diferentes esferas. En otros casos, activistas priorizan su organización sobre otras cosas que disfrutaban hacer, o incluso sobre sus lazos familiares:

Los primeros tiempos, los primeros dos años fueron muy jodidos. Porque yo estuve separada 3 años, de mi esposo. Porque yo estuve mucho en la organización, no es como ahora, ahora tengo mis horas y tengo mis tiempos, para cada cosa. Anteriormente yo estaba de la mañana a la noche. Porque había muchas cosas que hacer, muchas cosas [...] me iba a las 7 de la mañana volvía a las 10 de la noche... iba todos los días, y bueno, y mi marido me decía, 'te quedas en la organización, o nos separamos'. Bueno, nos separamos. (Gloria).

Del mismo modo, la inserción de activistas en diversas redes es una posible explicación sobre sus variadas trayectorias. Casi todos los entrevistados se enteraron del movimiento a través de un conocido. Aun así, ni la densidad ni las características de los lazos preexistentes parecen predecir los niveles de compromiso individuales. Muchos de los activistas de largo plazo mencionaron en entrevistas que no conocían a muchas personas dentro de sus organizaciones antes de involucrarse; mientras que varios que eventualmente se retiraron tenían un mayor número de conexiones al momento de sumarse. Tomemos el caso de Brian:

P: Y ahí cuando empezaste con el primer corte ¿tenías alguna experiencia de militancia previa?

B: No, no, venía de... haber dejado la secundaria dos veces el primer año, y no tenía, no tenía ningún pensamiento así, militante, no ni el hecho de luchar por algo. Salía de mi casa, encontrarme una situación de mierda, y de un día para el otro, encontrarme con un montón de compañeros, poder compartir algo, poder compartir una olla en un piquete, poder estar con tu cumpa, salir a, de hecho hasta a manguear para la olla, esas cosas. Y ahí fui aprendiendo, hoy día me siento muy agradecido con todo lo que se vino dando dentro de lo que aprendí dentro de la organización y con muchos de mis compañeros.

Otra explicación posible de las divergentes trayectorias es que quizás algunas personas estaban desde el comienzo más comprometidas con el movimiento. No obstante, la evidencia sugiere lo contrario. De hecho, para la mayoría de los miembros,

consideraciones ideológicas parecen haber jugado un rol marginal a la hora de escoger a que organización unirse, e incluso activistas que ahora se declaran muy motivados, como Sergio, eran profundamente escépticos al principio:

[Yo] era uno de los contra, era uno de los que pensaba que los piqueteros eran personas que no querían trabajar, eran unos negros<sup>11</sup> de mierda que cortaban y me impedían el paso al trabajo y todo lo demás. O sea, nadie me hizo ni la cabeza ni nada, entre a ver que no era así, por eso me fui quedando.

Finalmente, una posibilidad es que las personas que permanecen en el movimiento son las que no encontraron una alternativa mejor para acceder a recursos. Ciertamente, algunos activistas están en esta situación, especialmente aquellos que tienen una edad avanzada o sufren de discapacidades. Por ejemplo, pese a ser una experimentada costurera, Priscila no logra encontrar el tipo de trabajos que tenía en el pasado debido a un cuadro de inflamación crónica en sus piernas:

La verdad es que se me paso el tiempo que... para decir quiero trabajo digno. Ya se me pasó. Ya no puedo conseguir más, aunque haiga. Nosotros siempre pedimos trabajo digno pero para mí ya, ya no está a mi alcance. Ya no puedo trabajar más en una fábrica, no puedo trabajar más 12 horas, entonces por eso yo te digo que estoy conforme con esta organización.

Sin embargo, otros activistas siguen asistiendo aún después de que dejan de recibir recursos por medio de sus organizaciones. También hay participantes que encuentran empleo y hacen esfuerzos por permanecer involucrados, o que rechazan ofertas de cambiar de grupo a cambio de recibir mayores beneficios. Gloria se unió al movimiento después de que su esposo perdió su empleo, buscando sostener a sus siete hijos. Sin embargo, eventualmente rechazó la oportunidad de trabajar con otra organización vinculada al gobierno local:

Ellos me decían si quería que... si, si qué pasaría si yo hablo con la organización de quedarme como jefe de personal, [con el] municipio. 'Porque usted es una persona que cumple, que esto...' entonces yo decidí, le dije no. 'Yo igual le agradezco', le dije 'el ofrecimiento. Porque es mucho más dinero. Pero yo tengo otra ideología. Para mi persona y para mi familia. Y yo quiero seguir aprendiendo, quiero seguir estudiando, quiero seguir, hacer otras cosas, no termina en que vos ganas más'.

---

<sup>11</sup> En Argentina, "negro" es un término generalmente derogatorio refiriéndose a personas pobres o de clase trabajadora.

En resumen, una explicación de las diferentes trayectorias de activistas piqueteros basada en factores específicos explica las experiencias de algunos sujetos, pero no otros. Por tanto, la respuesta al interrogante parece estar en la interacción entre historias personales y experiencias de movilización. Mientras que para algunos activistas esta interacción no promueve una nueva apreciación de la acción colectiva, para otros la misma conduce a ver la movilización progresivamente como un fin en sí misma. Los alimentos y programas de empleo proporcionados por las organizaciones continúan garantizando el sustento básico de sus familias. Sin embargo, a través del movimiento estas personas obtienen recompensas simbólicas que exceden la supervivencia. Estos incentivos intangibles les permiten escapar de un contexto marcado por la alienación y la impotencia y generan un profundo sentido de goce.

Tomemos el caso de Jonathan, un joven que se unió a una organización piquetera a mediados de los 2000, luego de perder su empleo. A pesar de tener originalmente una percepción muy negativa del movimiento, vinculada a los inconvenientes causados por sus manifestaciones, con el tiempo su actitud cambio profundamente:

Primero iba como sin ánimo, digo, porque yo antes trabajaba en varios lados y siempre veía cortes y siempre llegaba tarde y decía 'estos negros, me cortan la ruta', porque uno no sabía por qué. Hasta que me empecé a integrar al movimiento y ahí me fui dando cuenta, fui viendo por el tema de la medida de lucha, lo que era, el tema de la necesidad de la gente, por qué se hacía todo esto. Y bueno, ahí me quede. Así que he tenido propuestas de trabajo, pero me he quedado acá directamente, porque es como que me gusta ya.

Aun cuando su juventud y experiencia laboral le permitirían encontrar trabajos temporales en áreas como la construcción, que experimentaron un profundo crecimiento luego de la crisis de 2001-2002, Jonathan ha rechazado ofertas (a un gran costo monetario), porque estas habrían interferido con su participación. Es más, asume con entusiasmo obligaciones adicionales, tales como organizar columnas de manifestantes durante protestas. En sus propias palabras, su militancia le permite cumplir el rol de "un pibe sano": un trabajador altruista y padre responsable que esquiva la epidemia de drogadependencia que afecta a otros jóvenes como él.

En contraste, otros activistas no desarrollan esta nueva perspectiva. Para ellos, la participación en el movimiento nunca se vuelve un fin en sí misma. Por lo tanto, estos

individuos son más proclives a retirarse una vez que encuentran maneras más efectivas de obtener recursos. Por ejemplo, David es un hombre de una treintena de años que se integró a la misma organización que Jonathan aproximadamente por la misma época. Sin embargo, a diferencia de Jonathan, David siempre vio su participación como una solución temporal. Años de experiencia le enseñaron que ninguna ayuda social puede darse por sentada, y por ende utilizó parte de su programa de empleo para construir una pequeña tienda frente a su casa. Cuando las limitaciones de tiempo le impidieron sostener tanto su participación como su comercio, él escogió el segundo:

La cooperativa Argentina Trabaja<sup>12</sup> no es una ley, no está por ley, o sea, hoy está y mañana desaparece y se te acabó todo, y yo no quiero volver atrás, a pasar lo que ya pasé, mis necesidades económicas. Entonces yo pensé para mi futuro, digo bueno, cobro y voy comprando materiales para poner mi propio negocio. Entonces bueno, yo cuando vi que ya estaba más o menos lo que yo quería, lo que yo quería terminar, dije bueno, me fui hasta el [local de la organización], agradecí toda la ayuda y todo el apoyo que todos me dieron, y les dije que yo me bajaba de la cooperativa.

David no tiene nada en contra de la organización a la que perteneció. Por el contrario, expresa no solo su acuerdo con la ideología del grupo, sino también un profundo agradecimiento por recibir una mano cuando más la necesitaba. Asimismo, miembros vigentes del grupo hablan con cariño de él. Sin embargo, a diferencia de varios activistas actuales, para David la participación no adquirió ningún significado especial por fuera de ser una ayuda que le permitió sobrevivir tiempos difíciles.

¿Qué lleva entonces a algunas personas a valorar sus prácticas en el movimiento como un fin en sí mismo? Propongo que un proceso clave en la trayectoria de estos individuos es el progresivo uso de rutinas activistas como una manera de escapar de los efectos personales del declive socioeconómico que afecta a sus comunidades. Muchos comparan su participación con “hacer terapia”, describen a su organización como “un lugar cómodo”, y resaltan que conocer los problemas de otras personas les ayuda a poner sus propias dificultades en perspectiva. Aquellos sujetos que observé pasando tiempo extra en la organización, y cuyas entrevistas incluyen menciones de sacrificios

---

<sup>12</sup> El Programa Ingreso Social con Trabajo Argentina Trabaja fue creado en 2009 por el Ministerio de Desarrollo Social de la Nación. Los beneficiarios participan en cooperativas haciendo tareas de mejoramiento social (limpieza de calles, obras de infraestructura, servicios alimentarios, etc.) a cambio de un subsidio (al momento de esta entrevista particular, el mismo rondaba los 2000 pesos argentinos).



personales en pos del activismo, son más proclives a describir sus rutinas diarias en el movimiento en términos de refugio. En contraste, los participantes que parecen estar menos comprometidos mencionan esta dinámica con mucha menor frecuencia (ver Cuadro 1).<sup>13</sup>

**Cuadro 1: Trayectorias individuales y prácticas activistas como refugio<sup>14</sup>**

		<b>Participantes que mencionan sacrificios y dedican tiempo extra (n=62)</b>	<b>Otros encuestados (n=61)</b>
<b>¿Prácticas activistas como refugio?</b>	<b>Sí (n=69)</b>	49 (79%)	20 (33%)
	<b>No (n=54)</b>	13 (21%)	41 (67%)

Concretamente, algunos miembros aprenden a usar sus rutinas en el movimiento para subsanar tres déficits cruciales en sus vidas: (a) la falta de conexiones sociales e instituciones a las cuales pertenecer; (b) la sensación de carecer de agencia individual; y (c) la ubicación en roles sociales con escaso reconocimiento público. La caída del empleo industrial, el socavamiento de los servicios sociales y el colapso de la vida pública a lo largo de las últimas cuatro décadas en Argentina afectaron el bienestar de las familias de clase trabajadora, reduciendo sus posibilidades de movilidad intergeneracional ascendente y diezmando las redes sociales con las cuales contaban. En particular, tal declive socioeconómico constituye una amenaza a lo que Anthony Giddens (1979) llama “seguridad ontológica”: el sentido de orden y coherencia en las experiencias cotidianas, que proporciona a las personas la sensación tranquilizadora de mantener sus vidas bajo control. Adquirir una combinación de pertenencia, empoderamiento y reconocimiento hace que una persona tienda a esforzarse para permanecer involucrada en el movimiento, como lo ilustra el caso de Fernanda: “Cuando vine es como que retrocedí.”

Fernanda relata los momentos más felices y tristes de su vida con la misma voz calma. Es una mujer de unos cincuenta años que emigró de Bolivia en los años ochenta, dejando inconclusos sus estudios universitarios y su sueño de convertirse en abogada<sup>15</sup>.

<sup>13</sup> Codifiqué a un encuestado como refiriéndose a una dinámica de refugio si la transcripción incluye al menos un ejemplo específico de cómo sus prácticas en el movimiento le ayudan a mejorar un aspecto negativo de su vida personal.

<sup>14</sup> Valor p del Chi-cuadrado: <0.00001.

<sup>15</sup> Doce encuestados nacieron fuera de Argentina, sin embargo, sus experiencias en general no parecen diferir significativamente de los activistas nativos. Es probable que esto se deba al largo tiempo transcurrido desde que

Atraído por historias de éxito económico, su esposo decidió renunciar a su empleo de maestro para buscar trabajo como albañil en Argentina. La realidad, sin embargo, fue otra:

Para mi venir a Buenos Aires significaba otra cosa... y la realidad fue otra porque no teníamos mesa, no teníamos un colchón, y yo estaba esperando todavía familia. Así que fue una desilusión en realidad no tener donde vivir, no tener la comodidad mínima, nada de eso. y fue una experiencia muy dura, porque lo que ganaba el no alcanzaba para cubrir...digamos, eh, las necesidades.

Fernanda no tuvo participación en la decisión de emigrar, y a pesar de sus súplicas, su esposo se negó a regresar a Bolivia:

Yo no estaba de acuerdo y allá mi suegra, mi papá me decían que 'vos te casaste y vos tenés que ir donde va tu marido'. Él tenía mucha posibilidad de seguir trabajando y crecer en lo que él era, como maestro. Pero el orgullo nos tuvo acá y no quisimos volver. Él no quiso volver.

Luego de mucho tiempo de vivir en casas de parientes y enfrentar constantes problemas económicos, en los años noventa el esposo de Fernanda comenzó a trabajar como contratista independiente, lo que le permitió ganar más dinero y comprar un pequeño terreno en el cual construir gradualmente su casa. No obstante, esta mejoría se acabó cuando empezó la recesión económica a fines de esa década. Con la industria de la construcción en crisis, el esposo de Fernanda buscó otro trabajo: hipotecó la casa para comprar una camioneta y transportar pasajeros hacia y desde el centro de Buenos Aires. La inversión resultó ser un desastre: al no poder registrarse como parte de una compañía formal de transporte, se vio obligado a pagar regularmente sobornos a la policía para que ignoren la falta de documentos legales de la camioneta. Sumado a otros gastos, esto hizo que la familia suspenda los pagos de la hipoteca. Hasta el día de hoy, el préstamo sigue pendiente. Aunque asuntos legales han frenado temporalmente a los acreedores, Fernanda aún vive con el miedo de ser desalojada eventualmente.

La crisis del 2001-2002, por ende, encontró a Fernanda en una situación terrible: distanciada de su marido pero obligada a vivir con él, profundamente endeudada con cuatro hijos pequeños, y habiendo abandonado sus aspiraciones personales para

---

migraron: todos los entrevistados extranjeros habían vivido en Argentina por más de 15 años al momento de ser entrevistados.

mudarse a un país que no había cumplido con las expectativas de progreso económico: “cuando vine es como que retrocedí”. Esto le causó una severa depresión que la llevó a aislarse socialmente: “me encerré y estaba en eso, en trabajar, criar los chicos, tratar de tener una casita donde vivir... y nada más”

Fue en este contexto que Fernanda se enteró de que existía una organización de piqueteros en su barrio. Aunque no tenía experiencia en política y no sabía bien de qué se trataba el movimiento, escuchó que era una manera de encontrar empleo:

Había quedado sin trabajo, y como decía “desocupados”, y había alguien en mi zona, entonces yo veía como una forma de conseguir trabajo... por que no entendía nada en ese momento. Bueno, entonces, entré, me anoté con la opción de conseguir algo. Me explicaron que nosotros luchábamos para conseguir un trabajo genuino y todo eso.

Sus comienzos en la organización no fueron nada fáciles. Participó en todo tipo de actividades a cambio de alimentos y la promesa de un cupo en un programa de empleo. Sin embargo, el coordinador de su vecindario manipulaba la lista de espera y distribuía los beneficios entre sus conocidos. En consecuencia, a Fernanda le tomó más tiempo que lo usual el conseguir un pequeño plan social. Aun así, algo acerca de la organización tocó una fibra sensible en ella. Las reuniones, asambleas y protestas se volvieron maneras de desahogar su ansiedad sobre sus crecientes problemas económicos:

No había trabajo, subían las cosas, y a veces era como una bronca que... a veces uno no sabe dónde dirigir esa bronca, y es... tenía eso de decir, por lo menos que me vean, o que sepan que hay gente que necesita”

Este apego emocional de Fernanda al activismo concuerda con lo descrito en investigaciones sobre otros movimientos (Gould 2009; Jasper 2011). Sin embargo, una cosa era sentir rabia sobre su situación, y otra muy diferente superar los obstáculos personales a su involucramiento. Su esposo se opuso a su creciente participación en el movimiento, y su programa de empleo pagaba muy por debajo de los gastos que suponía una familia de seis. Aun cuando su capacidad de trabajo era reconocida, el proceso no estuvo libre de problemas. Cuando la organización le encomendó la tarea de resolver el nepotismo que había dejado su antiguo coordinador, algunos miembros se

quejaron: “Yo era la única que era boliviana, y como cambié todo, di vuelta todo, no les gustó para nada”.

Pese a todos estos problemas, para Fernanda el movimiento se convirtió en una forma inesperada de recuperar muchas cosas a las que había renunciado a lo largo de los años. La organización pasó a ser su lugar, un espacio donde tomaba decisiones independientes, conseguía recursos y era valorada por sus propias acciones. En otras palabras, la militancia le proporcionó un escape de una situación personal en la cual su propia individualidad estaba amenazada. Pasar tiempo en el movimiento empezó a funcionar como una oportunidad para crear espacios de autonomía personal, liberándose por algunas horas de un hogar abrumador, un esposo celoso y una situación económica en deterioro:

P: ¿[Que paso] cuando se sumó a la organización?

F: Ya me dí un tiempo para... como decir, para mí. Era como un recreo ir a una reunión de barrio.

P: ¿Cómo era un recreo?

F: Claro, porque tenía como amistades, con quién compartir algo, con quién compartir un mate, una charla. Saber que alguien tenía problemas o que capaz tenía los mismos problemas que yo. Era algo como un recreo, como ir a tomarte un café con los amigos, o ir a jugar al fútbol, algo así. Era una hora que yo tomaba. lo tomé así. Eso me hizo bien también como persona.

Su participación no fue solo un descanso de otras esferas de su vida, sino se volvió también en un espacio de entrenamiento para abordar problemas en las mismas. Al mantener opiniones firmes en la relativa seguridad que le aportaba el movimiento, Fernanda aprendió a expresarse fuera de este. Particularmente, el discutir con otros activistas le enseñó cómo enfrentarse a su esposo:

Me gusta decir las cosas de frente y me gusta, la sinceridad y hacer algo por el otro, no me gusta engañarlos. Ni decirles una cosa por otra, entonces a veces cuando veía ese tipo de cosas lo decía acá y me costaba la pelea. No acostumbro a esa discusión fuerte [pero] me gusta decir las cosas. Aprendí eso, en mi vida misma diaria me ayudó mucho. Porque aprendí que con el esfuerzo, o sea cuando uno pelea por algo lo tiene que hacer convencida de algo. Uno tiene que estar convencida para poder pelearla. Ver algo que no es justo y pelear por los derechos que uno tiene. Y eso con mi marido también lo fui empleando.”

Fernanda sigue siendo una persona reservada, a quien nunca vi alzar la voz ni siquiera en las discusiones más acaloradas. No obstante, con el transcurso del tiempo ha ido acumulando cada vez más responsabilidades dentro de la organización. Hoy en día es coordinadora barrial, colabora con tareas administrativas, y participa en la mayoría de las manifestaciones. Su subsidio actual paga unos 200 dólares mensuales por veinte horas semanales de trabajo, pero ella pasa más del doble de ese tiempo resolviendo todo tipo de problemas en la oficina de la organización:

Me sirvió mucho la organización porque... me costaba, de haber hecho un año de abogacía, cuando vine acá como que no quería hablar, era diferente, yo misma sentía eso, que había hecho como un vuelco...no tenía amistades... eh, entonces yo cuando vine acá empecé... cuando venía a [reuniones], escuchaba, nunca hablaba, no quería opinar, y de a poco fui... veía compañeras que quizás no saben leer ni escribir y la bronca que tienen y la necesidad que tienen les enseña a sacar de adentro lo que sienten... y yo empecé con eso a tratar de darme fuerzas, yo que puedo hablar que entiendo un poquito más, por qué no, decía.

En resumen, con el tiempo Fernanda ha pasado a ver su participación en la organización como un fin en sí mismo. Esta valoración no parece ser una reflexión directa de su historia personal, dado que otras personas con antecedentes similares no se convierten en activistas de largo aliento. Tampoco surgió directamente de su participación en el movimiento, ya que muchos entrevistados siguen las mismas rutinas y aun así no muestran el mismo entusiasmo. En cambio, el mecanismo crucial fue su descubrimiento, a través de la interacción con otros activistas, que las rutinas dentro del movimiento pueden proveer soluciones a problemas personales. Fernanda no es la única militante para quien el valor del movimiento está influenciado por cómo se relaciona con otros aspectos de su vida personal. La acción colectiva ofrece a muchos como ella un refugio de las consecuencias individuales de cuatro décadas de declive de las comunidades trabajadoras de Argentina. En particular, el activismo provee soluciones a tres déficits fundamentales.

En primer lugar, sumarse a una organización piquetera ofrece acceso a redes de pertenencia. El aumento del desempleo en Argentina menoscabó severamente la vida pública en barrios de clase trabajadora. Casi todas las entrevistas incluyen menciones a este deterioro: los residentes no se sienten seguros fuera de sus casas, confían menos

en sus vecinos, y perciben a las figuras públicas como corruptas.<sup>16</sup> La mayoría de mis entrevistados no participa en ninguna institución comunitaria por fuera del movimiento, y las asociaciones no religiosas (clubes deportivos, cooperadoras escolares, centros vecinales) están en gran medida ausentes de sus vidas<sup>17</sup>.

Como resultado, para muchas personas el movimiento piquetero constituye uno de los pocos lugares en donde se sienten contenidos. En otras palabras, las organizaciones les brindan un lugar al cual pertenecer. Para ellos, trabajar en programas sociales por poco dinero, alimentarse en comedores populares y cortar rutas bajo el sol o la lluvia no son meramente una carga. Al contrario, tales actividades también son oportunidades de ser parte de un grupo de compañeros. Bautista describe con una sonrisa el pasar una noche fría de invierno en un piquete: "Tomás mate, comés un buen guiso, charlás", "y así se te pasa el tiempo, cuando te querés acordar, ya son las 6 de la mañana". Para muchos como él, el activismo se vuelve una de las pocas oportunidades para involucrarse en la vida comunitaria. Como dice Macarena:

Tenés problemas en tu casa, [pero] venís y escuchás acá y te despejás la cabeza, te reís. Nosotros acá todas las mañanas nos matamos de risa con las chicas. Cuando yo estaba enferma era una cosa que yo no podía venir y me sentía mal, peor me sentía. Yo quería venir a trabajar, quería estar con mis compañeros.

En segundo lugar, la progresiva inmersión en rutinas activistas ofrece a varios de mis entrevistados una creciente experiencia de empoderamiento. Muchos señalan que luego de hacerse miembros empezaron a hacer cosas que nunca creyeron posibles. El movimiento no solo permite lograr metas personales que habían sido abandonadas, sino que también ofrece un escape, al menos temporal, de roles sociales percibidos como impuestos por circunstancias ajenas al control individual. Vistas bajo esta óptica, actividades que para otros pueden parecer menores significan una experiencia liberadora. Por ejemplo, Juliana describe como un logro significativo el haber sido voluntaria durante las elecciones nacionales:

---

<sup>16</sup> La falta de confianza interpersonal es un problema creciente en Argentina. Un informe de 2011 mostro que entre 2004 y 2010, el porcentaje de personas que se sienten inseguras debido a la criminalidad subió del 68% al 83%, a pesar de que las tasas reales de victimización son mucho más bajas (OSDA, 2011). De acuerdo a Latinobarometro (2016), solo el 25% de la población del país dice estar de acuerdo con que se puede confiar en la mayoría de la gente.

<sup>17</sup> A partir de 2013 empecé a preguntar a entrevistados sobre su involucramiento en instituciones comunitarias por fuera del movimiento. De las 93 entrevistas desde entonces, solo 27 (menos de un tercio) incluyeron cualquier mención de tal participación

Yo nunca había soñado estar en el día de la votación [...] ¡Y me fue re bien! ¡encima el grupo que tuvo alrededor me ayudaron! ¡y fue, era una pavada!, y yo que creía que era una tragedia, y todo el mundo me llamaba, mis hijos me decían "mami, no puedo creer que estés ahí", firme 291 sobres. Y la urna y todo, y para mí fue algo muy importante, porque es como que todo el mundo creía que yo más que ama de casa, criar a mis hijos no iba a hacer. Y eso, fue muy importante para mí. Por ahí no es tan importante para los demás, para mí sí. Es como que crecí como ser humano.

En gran medida, experiencias como las de Juliana reflejan lo que Elisabeth Wood (2003) define como "placer de agencia": la profunda satisfacción de afirmar la eficacia individual en un contexto de subordinación. Muchos activistas hablan de "conocer mis derechos" o "aprender a defenderme", superando miedos heredados de una historia personal de abuso interpersonal e institucional:

Yo acá en la organización encontré la familia que no tuve. Yo encontré compañerismo, acá aprendí a soltarme, acá aprendí a hablar, acá aprendí a defenderme, acá aprendí a no ser humillada por el hombre, no a que el hombre te humille y te maltrate como quiera, aprender mis derechos como mujer, a saber expresarme y a pelear por lo mío. (Candela)

Yo en el movimiento aprendí muchas cosas. Aprendí a defenderme, a respetarme [...] era la ignorancia mía de que yo le tenía terror a los milicos, veía un milico acá y me iba para otro lado, pero nunca tuve nada, siempre fue así. Sin embargo, ahora no, ahora si los puedo pisotear, los pisoteo. (Vanesa)

En tercer lugar, un atractivo clave de participar en un grupo piquetero es el reconocimiento que varias personas dicen obtener. En un entorno donde la mayoría de las familias tienen dificultades para sostenerse a sí mismas, ser percibido como una persona que lucha por la comunidad posee un valor muy alto. Ser parte de una organización piquetera implica tiempo y esfuerzo. Además de los requerimientos de distintos programas de empleo, los miembros deben asistir a reuniones, eventos especiales y manifestaciones. Por tanto, si este sacrificio es reconocido, los participantes pueden usarlo para sostener una imagen personal positiva. Las demandas del activismo se vuelven evidencia ante otros individuos (dentro y fuera de la organización) de atributos valiosos tales como capacidad, esmero y altruismo.

Para muchos, este reconocimiento es expresado como la experiencia gratificante de sentirse útiles. La gran mayoría de los participantes en el movimiento son hombres y

mujeres de mediana edad cuyas carreras se vieron interrumpidas por la desindustrialización, así como también gente joven con perspectivas profesionales limitadas. Ante alternativas de empleo poco fiables, de baja categoría y poco reconocimiento público, el activismo ofrece a algunos miembros un propósito más profundo. Verse reconocido como alguien que tiene la capacidad de impactar las vidas de otras personas es una manera efectiva de defender una autoestima amenazada por el desempleo y la exclusión:

Seguí en la organización, es un lugar que dentro de todo me sentí cómodo, por eso asumí distintos compromisos para llevar adelante, para participar, de hablar con los compañeros... eso te hace sentir que sos necesario también en la organización, porque un pequeño aporte viste, si todos aportáramos un poquito sería distinto (Mauro)

En suma, la participación en el movimiento ofrece a algunos activistas una manera de escapar de la sensación de aislamiento e impotencia asociados al declive socioeconómico de largo plazo. Estas limitaciones son resueltas por medio de la formación de conexiones interpersonales, la adquisición de un sentido de agencia, y la obtención de reconocimiento por parte de otras personas. En consecuencia, algunos activistas gradualmente ven la participación como un fin en sí mismo, es decir, algo valioso que vale la pena proteger. Sin embargo, no todos los participantes perciben esta experiencia de gratificación. Ernesto: "Los piqueteros son una etapa cerrada en mi vida".

Conocí a Ernesto cuando era miembro del equipo de seguridad en una de las más grandes organizaciones piqueteras de Argentina. Es un hombre de baja estatura y unos cuarenta años, que vive en uno de los distritos más pobres del gran Buenos Aires. Describe su vida como una honesta lucha por la supervivencia: "Yo lo único que no hice en mi vida es robar. Jamás, jamás. Gracias a mi padrastro, me dijo 'vos, cuando salgas, la frente bien limpia. Que no te apunte nadie'". En gran medida, Ernesto es una víctima de las mismas fuerzas que menoscabaron a su comunidad. La caída del empleo industrial y la falta de oportunidades educativas privaron a gente como él de trabajo estable. Solo terminó la escuela primaria, y el último empleo formal que tuvo fue en los años ochenta. Desde entonces, ha tenido todo tipo de trabajos ocasionales, desde pulir ollas en un pequeño taller hasta vender pasteles de puerta en puerta. Para él, es un motivo de orgullo el nunca haber dejado de "luchar por cada moneda" para mantener a su familia.



Cuando los trabajos ocasionales escaseaban, Ernesto recurría al cartoneo. Esa era su situación en 2010, cuando una vecina lo invitó a inscribirse en un grupo piquetero. Participar a cambio de alimentos le ayudaba a complementar sus bajos ingresos. Unos meses después obtuvo un puesto en un programa de empleo, y fue asignado a diferentes proyectos: limpiar un centro comunitario, cortar el césped en un parque, y construir el altar de una figura religiosa. Su trabajo duro le dio la reputación de ser un compañero fiable. Al poco tiempo fue invitado a formar parte del equipo de seguridad de la organización, conformado por voluntarios que dedican tiempo extra a la protección de los miembros del grupo, ocupándose de la logística de las manifestaciones, separando a activistas de la policía, y acompañando a los líderes durante campañas políticas.

A Ernesto le gusto el nuevo trabajo. Particularmente, disfrutaba la oportunidad de provocar a los policías durante marchas: “Les decía de todo, ‘che, cornudo, gil, vos estás acá y tu señora está con otro”. Durante las demostraciones que compartimos, se ofrecía frecuentemente para cargar tambores pesados, y todo el tiempo hacía bromas que ayudaban a pasar el rato. Sin embargo, cuando lo volví a ver al año siguiente, había dejado el equipo de seguridad. Seguía hablando bien de los otros miembros, pero me dijo que había visto “una cosa que no me gustó”. Días más tarde explicó lo que había sucedido: el coordinador de seguridad lo había reprendido por pelear con otro miembro durante un acto político. Aunque otras personas habían corroborado su postura, me dijo, el coordinador no quiso escucharlo. A los pocos días, Ernesto pidió que le asignen otras tareas.

Después de ese incidente, el involucramiento de Ernesto en la organización se volvió cada vez más problemática. Luego de una acalorada discusión en una reunión, intentó transferir su plan de empleo a otra agrupación política, donde estaba afiliado su hermano. No obstante, la transferencia no fue autorizada, y uno de los líderes locales de la organización logró convencerlo de darle una segunda oportunidad al grupo piquetero.

No funcionó. Otros activistas, enojados por su intento de transferirse, lo acusaron de traición. Para evitar conflictos, el líder del distrito le asignó trabajar en un depósito donde la organización guardaba alimentos, herramientas y otros productos. Pero el malestar continuó. Ernesto se quejaba de que muchas personas del grupo no

hacían su parte del trabajo, llegaban tarde y aún así les pagaban tanto como a él. Otros miembros me dijeron en privado que para ellos Ernesto era hostil y poco razonable. La gota que colmó el vaso ocurrió durante un evento solidario para las víctimas de inundaciones. Luego de trabajar todo el día bajo la lluvia trasladando productos de un lado a otro, Ernesto preguntó si podía usar una de las ropas secas que estaban entre las donaciones. Cuando le negaron su pedido, decidió que ya había tenido suficiente con los líderes de la organización:

No cuidan la gente. Ya cuando ellos te exigen, te exigen te exigen. Hay gente que vamos todos, del año no faltamos ni un día. Un día que vos faltas, te dejan la cabeza así. Entendés. Hay gente que no va nunca, y vos los ves en el cajero cobrando. Eso es injusticia.

La decisión de irse coincidió con la oportunidad de poder hacerlo. En 2013, Ernesto recibió una oferta de trabajo en una compañía de limpieza, una industria que creció significativamente en Argentina luego de la crisis de 2001-2002. Su trabajo como conserje en un edificio de oficinas sería su primera ocupación formal en décadas, con todos los beneficios exigidos por la ley. Además, el sueldo era mucho mejor. Luego de varios meses de empleo informal, en “período de prueba”, fue contratado oficialmente a principios de 2014. Dado que su plan social fue cancelado automáticamente luego de su registro oficial como empleado, dejó de ir a la organización.

A pesar de sus reclamos, cuando entrevisté a Ernesto durante y después de retirarse del movimiento, siempre se mostró orgulloso de su participación. Para él, ser piquetero era simplemente un eslabón más en la larga cadena de trabajos demandantes que había realizado desde su niñez. No obstante, la contraparte de este orgullo es que para Ernesto el involucramiento en su organización nunca condujo a disposiciones que sustenten la acción colectiva. A diferencia de Fernanda, sus prácticas en el movimiento nunca significaron un refugio del declive socioeconómico de largo plazo que afecta su comunidad y su vida personal. Por el contrario, eran parte del mismo: ser piquetero era solo una manera más de cubrir las necesidades básicas hasta que surgiera una alternativa mejor:

[El programa de empleo] es un laburito para que te saque del paso, pero tampoco te saca del paso. Yo no puedo estar, tres, cinco años viviendo con 1200 [pesos]. Si yo tengo la oportunidad de entrar, entrar en un trabajo, voy a entrar en un trabajo. Si puedo ganar 3500 [pesos] en un trabajo me conviene más. Es más sueldo, voy a quedar efectivo,

y tengo la, el día de mañana me jubilo y ya tengo una jubilación derecha. Esto [el programa de empleo] ¿que tengo? ¡no tengo nada!

El activismo, en otras palabras, no se convirtió en una forma de resolver ningún déficit particular en la vida de Ernesto. Su organización no le proveyó de un espacio seguro que lo ayudara a abordar la falta de otras instituciones a las cuales pertenecer. Para él, el grupo era un lugar dirigido por líderes que “no cuidan la gente”, y la única vez que se sintió parte de algo (el equipo de seguridad) terminó siendo reprendido por alguien que se comportó más como jefe que como compañero.

Además, la organización no empoderó a Ernesto de ninguna manera diferente a otros trabajos: por el contrario, tenía deficiencias similares a ellos. No aprendió ningún oficio o habilidad nueva que pudiera aplicar fuera de la organización (como la capacidad de Fernanda de hablar por sí misma). Algunos aspectos de la organización eran entretenidos, pero no más empoderantes que cualquier otra ocupación.

Finalmente, Ernesto no solo experimentó reconocimiento positivo limitado por parte de otros, sino que se veía a sí mismo como un tonto que se esforzaba mientras los demás se aprovechaban de él. Se sentía poco apreciado no solo por tener un salario bajo, sino porque lo que él concebía como tiempo extra no era remunerado con pagos adicionales, una expectativa normal en sus otros trabajos. Para colmo de males, era frecuentemente regañado en conflictos que no veía como su culpa.

Ernesto no es el único ex-miembro para quien la falta de pertenencia, empoderamiento y reconocimiento influyó en la decisión de retirarse. Por ejemplo, Fabricio abandonó su organización luego de sucesivas divisiones en el grupo íntimo de activistas al cual pertenecía. En vez de tomar parte en una disputa que no le importaba, prefirió dejar de participar, regresar a su empleo anterior y permanecer en contacto con amigos de distintas ideologías:

Y me fui, cuando se separaron los dos grupos. Digamos, hubo un tiempo que [un líder] dijo que se quería ir con el gobierno y otros contra el gobierno, algo así, no entendí. Y en esa parte tenía que decidir y yo en las dos partes tenía mis amigos, mis amistades, en las dos, me decían ‘¿con quién te querés quedar?’, ‘¿pero porque se tienen que separar? [...] No, dejé de ir, le dije a los dos que yo no iba a participar [...] Volví a trabajar con mi viejo.

La falta de empoderamiento es otro factor que contribuye al retiro de muchos participantes. Juan Pablo participó entre 2000 y 2003, pero se fue apenas surgieron oportunidades para trabajar en la construcción. Para él, el movimiento fue una medida de emergencia en la cual “lo único que podés llegar aprender es poco o nada”. Desde su punto de vista, la organización fue más un obstáculo para encontrar un buen empleo que una manera de obtenerlo:

Me anoté porque...había poco trabajo y no tenía forma, no había mucha entrada de plata en casa, entonces, un poco más me servía. [Pero] yo salía a buscar trabajo, y te exigían participar, y cuando te exigían mucho yo no tenía forma de salir a buscar trabajo, porque ellos te obligan que estés ahí, ellos necesitan gente que estén ahí. Apenas conseguí un trabajo fijo, salí.

Finalmente, muchos antiguos participantes a los que entrevisté se quejaron, en términos similares a Ernesto, de la falta de reconocimiento positivo. Pilar no hizo esfuerzos para seguir involucrada luego de jubilarse, porque según ella los líderes no reconocieron sus sacrificios personales. Como resultado, terminó viendo el activismo como un trabajo más:

Yo si hice muchas cosas por el movimiento pero el movimiento por mí no hizo nunca nada, jamás. Pero así y todo yo estoy agradecida porque me permitió trabajar y cobrar un sueldo de 2000 pesos, pero porque laburaba, gratis no me dio nada. Mi sueldo me lo gané y bien ganado.”

En resumen, personas como Ernesto, Fabricio, Juan Pablo y Pilar no ven su paso por el movimiento como algo intrínsecamente valioso, ya sea porque la conexión entre participación y resolución de carencias personales nunca se desarrolló, o porque en algún momento dejó de existir. En consecuencia, apenas surgió una alternativa mejor (un empleo, una pensión), ellos simplemente la aprovecharon. Como me dijo Ernesto una de las últimas veces que conversamos: los piqueteros es una etapa que se cerró. Se abre una nueva etapa en mi vida”

## **7. Conclusiones**

En este artículo he analizado por qué distintos activistas piqueteros desarrollan diferentes niveles de compromiso con sus organizaciones luego de sumarse. Considero que la respuesta yace en la interrelación entre sus biografías y sus experiencias militantes, lo cual conduce a diferentes maneras de apreciar la participación: mientras

que unos la ven simplemente como una forma de ganarse la vida, para otros se va convirtiendo en un fin en sí mismo. En particular, las prácticas en el movimiento proporcionan a algunos miembros refugio con respecto a las consecuencias personales de décadas de declive socioeconómico, ayudándoles a lidiar con la falta de vínculos sociales, agencia, y reconocimiento positivo en sus vidas.

La diversidad de las experiencias dentro del movimiento piquetero excede ampliamente los límites de un artículo académico. En consecuencia, se requiere una mayor investigación sobre los procesos descritos anteriormente. Si bien este artículo establece un marco general para entender la diversidad de las trayectorias de los activistas piqueteros, es preciso analizar más profundamente dos áreas en particular. En primer lugar, necesitamos explorar más a fondo los diversos significados que el refugio tiene para personas de diferentes características: ¿de qué manera intervienen la edad, raza, género, entre otros, en el proceso por el cual la acción colectiva se vuelve un fin en sí mismo? En segundo lugar, estudios futuros deberían analizar las maneras en las que el involucramiento en una organización piquetera se conecta con otras instituciones locales. Una comparación entre las experiencias de los pocos activistas que sí participan en otros tipos de asociaciones comunitarias y las de aquellos que no puede facilitar la comprensión de cuáles mecanismos que afectan el activismo son exclusivos al movimiento piquetero y cuáles no.

El marco que he desarrollado para el caso de los piqueteros también se puede aplicar a otros movimientos. Identificar qué características individuales prevalecen entre los activistas puede ayudarnos a explicar qué personas son más proclives a unirse a un movimiento social, pero no tanto cuáles son las trayectorias que siguen luego de sumarse. En contraste, un enfoque centrado en cómo algunos participantes llegan a apreciar las recompensas intrínsecas de la participación política puede ayudarnos a estudiar la diversidad de las experiencias dentro de un movimiento social sin depender excesivamente de categorizaciones arbitrarias. Según afirma Catherine Corrigan-Brown (2011), definir algunas trayectorias de activistas como más auténticas que otras desestima el hecho de que la participación política puede adoptar distintas formas, no solo entre diferentes individuos sino también en diferentes momentos de la vida de un mismo sujeto. Por tanto, una aproximación más productiva para estudiar el activismo es analizar los procesos mediante los cuales algunas personas llegan a valorar

positivamente sus prácticas en una organización de movimientos sociales, desarrollando disposiciones duraderas que promueven diferentes grados y formas de participación (Auyero 2003; Crossley 2003; McAdam 1988; Passy y Giugni 2000; ver también Bourdieu 1977; Desmond 2007; Wacquant 2004).

Asimismo, un análisis de la interacción entre antecedentes personales y experiencias dentro de un movimiento social requiere de un trabajo de contextualización tanto teórico como empírico. Respecto al primero, se hace necesario mejorar nuestras herramientas conceptuales recurriendo a una literatura más amplia. Dado que los mecanismos que influyen en la adhesión individual a movimientos sociales también están presentes en otras instancias de la vida colectiva, podemos expandir nuestro conocimiento desarrollando analogías entre la militancia y otras actividades sociales (Vaughan 2014). Respecto al segundo, debemos considerar la participación política en el contexto de un conjunto más amplio de experiencias colectivas en las que la gente se involucra. Dado que los mismos activistas raramente separan la protesta de otros aspectos de sus vidas (Litcherman y Eliasoph 2015; Mische 2008), sus vivencias fuera de un movimiento social deben recibir tanta atención como aquellas que ocurren dentro del mismo.

En última instancia, el valor de estudiar casos como los piqueteros surge de su importancia para el sostenimiento de la democracia. Las organizaciones políticas de base crean canales para expresar reclamos colectivos, sostienen la vida pública, y promueven la participación cívica, especialmente entre grupos marginados. En consecuencia, cualquier estudio sobre lo que mantiene a las personas involucradas en este tipo de movimiento no solo contribuye al conocimiento académico, sino que también ofrece la posibilidad de tener un impacto real en el mundo; el mismo objetivo que comparten los hombres y mujeres del movimiento de trabajadores desocupados.

## **8. Referencias**

- Atkinson, R. 1998. *The life story interview*. Thousand Oaks: SAGE.
- Auyero, J. 2003. *Contentious lives*. Durham: Duke University Press.
- Benzecry, C. 2011. *The opera fanatic*. Chicago: University of Chicago Press.
- Becker, H. 2014. *Outsiders*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Bourdieu, P. 1977. *Outline of a theory of practice*. Nueva York: Cambridge University Press.

- CEPALSTAT. 2015. CEPAL. [http://estadisticas.cepal.org/cepalstat/WEB\\_CEPALSTAT/Portada.asp](http://estadisticas.cepal.org/cepalstat/WEB_CEPALSTAT/Portada.asp) acceso 21 Abril 2017.
- Corrigall-Brown, C. 2011. *Patterns of protest*. Stanford: Stanford University Press.
- Crossley, N. 2003. From reproduction to transformation. Social movement fields and the radical habitus. *Theory, Culture and Society*. 20(6), 43-68.
- Delamata, G. 2004. *Los barrios desbordados*. Buenos Aires: Eudeba.
- Desmond, M. 2007. *On the fireline*. Chicago: University of Chicago Press.
- Diani, M. 2004. Networks and participation. En Snow, D., Soule, S. y Kriesi, H. (eds.) *The Blackwell companion to social movements* (pp. 339-359). Oxford: Blackwell.
- Emerson, R., Fretz, R. y Shaw. L. 1995. *Writing ethnographic fieldnotes*. Chicago: University of Chicago Press.
- Fillieule, O. 2010. Some Elements of an Interactionist Approach to Political Disengagement. *Social Movement Studies* 9(1), 1-15.
- Fisher, D y McInerney, P. 2012. The limits of networks in social movement retention: On canvassers and their careers. *Mobilization* 17(2), 102-128.
- Giddens, A. 1979. *Central problems in social theory*. Berkeley: University of California Press.
- Giugni, M. 2007. Personal and biographical consequences. En Snow, D., Soule, S. y Kriesi, H. (eds.) *The Blackwell companion to social movements* (pp. 489-507). Oxford: Blackwell.
- Goffman, E. 1959. *The presentation of self in everyday life*. Nueva York: Anchor Books.
- Goodwin, J. 1997. The libidinal constitution of a high-risk social movement: affectual ties and solidarity in the Huk Rebellion, 1946 to 1954. *American Sociological Review* 62, 53-69.
- Gould, D. 2009. *Moving politics*. Chicago: University of Chicago Press.
- Hirschman, A. 1982. *Shifting involvements*. Princeton: Princeton University Press.
- Jasper, J. 2011. Emotions and social movements: Twenty years of theory and research. *Annual Review of Sociology* 37, 285-303.
- Katz, J. 1988. *Seductions of crime*. Nueva York: Basic Books.
- . 2001. "From How to Why. On Luminous Description and Causal Inference in Ethnography (Part I)." *Ethnography* 2(4), 443-473
- . 2002. "From How to Why. On Luminous Description and Causal Inference in Ethnography (Part 2)." *Ethnography* 3(1), 63-90.
- Klandermans. B. 1997. *The Social psychology of protest*. Oxford: Blackwell.
- Klatch, R. (2004). The underside of social movements: The effects of destructive affective ties.

*Qualitative Sociology* 27(4), 487-509

Latinobarometro 2016. Informe anual 2016.

<http://www.latinobarometro.org/latContents.jsp> Acceso 21 Abril 2017.

Litcherman, P. y Eliasoph, N. 2015. Civic action. *American Journal of Sociology*. 120(3), 798-863.

Lo Vuolo, R., Barbeito, A., Pautassi, L. y Rodriguez, C. 2004. *La pobreza... de la política contra la pobreza*. Buenos Aires: Mino y Davila.

McAdam, D. 1982. *Political process and the development of black insurgency*. Chicago: University of Chicago Press.

-----1988. *Freedom summer*. Oxford: Oxford University Press.

McAdam, D. y Boudet, H. 2012. *Putting social movements in their place*. Nueva York: Cambridge University Press.

Manzano, V. 2013. *La política en movimiento*. Buenos Aires: Prohistoria.

Mische, A. 2008. *Partisan publics*. Princeton: Princeton University Press,

MTESS. 2010. Trabajo y empleo en el bicentenario.

[http://www.trabajo.gov.ar/left/estadisticas/bicentenario/Texto\\_Publicacion\\_TRABAJO\\_Y\\_EMPLEO\\_EN\\_EL\\_BICENTENARIO.pdf](http://www.trabajo.gov.ar/left/estadisticas/bicentenario/Texto_Publicacion_TRABAJO_Y_EMPLEO_EN_EL_BICENTENARIO.pdf) Acceso 24 Septiembre 2015.

Munson, Z. 2008. *The making of pro-life activists*. Chicago: University of Chicago Press.

Nepstad, S.2004. Persistent resistance: Commitment and community in the plowshares movement. *Social Problems* 51(1), 43-60.

ODSA. 2011. El problema de la inseguridad en la Argentina. Buenos Aires: UCA.

Olson, M. 1965. *The logic of collective action*. Cambridge: Harvard University Press.

Owens, L. 2009. *Cracking under pressure*. University Park: The Pennsylvania State University Press.

Passy, F. y Giugni, M. 2000. Life spheres, networks and sustained participation in social movements: A phenomenological approach to political commitment. *Sociological Forum* 15(1), 117-144.

Pereyra, S., Pérez, G. y Schuster F. (eds.). 2008. *La huella piquetera*. La Plata: Al Margen.

Perez, M. 2018. Institutional strengthening in a receding movement: The trajectory of piquetero organizations between 2003 and 2015. *Latin American Research Review*. 53(2), 287-302.

Quiros, J. 2011. *El porqué de los que van*. Buenos Aires: Antropofagia.



- Shapira, H. 2013. *Waiting for Jose*. Princeton: Princeton University Press.
- Svampa, M. y Pereyra, S. 2003. *Entre la ruta y el barrio*. Buenos Aires: Biblios.
- Svampa, M. 2005. *La sociedad excluyente*. Buenos Aires: Taurus.
- Taylor, V. y Whittier, N. 1992. Collective identity in social movement communities: lesbian feminist mobilization. En Morris, A. y Mueller, C. (eds.). *Frontiers in social movement theory* (pp. 104-129). New Haven: Yale University Press.
- Vaughan, D. 2014. "Analogy, cases and comparative social organization." In R. Swedberg, *Theorizing in social science*. Stanford: Stanford University Press.
- Viterna, J. 2013. *Women in war*. Nueva York: Oxford University Press.
- Wacquant, L. 2004. *Body & Soul*. Nueva York: Oxford University Press.
- Weiss, R. 1994. *Learning from strangers*. Nueva York: Free Press.
- White, R. 2010. Structural identity theory and the post-recruitment of Irish republicans: persistence, disengagement, splits, and dissidents in social movement organizations. *Social Problems* 57(3), 341-370.
- Wood, E. 2003. *Insurgent collective action and civil war in El Salvador*. Cambridge: Cambridge University Press.